

80.75  
CÓDIGO COMPLETO

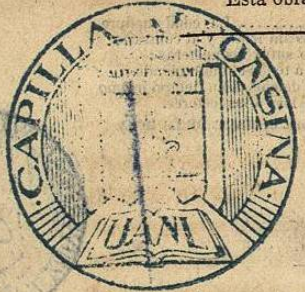
URBANIDAD

B 21982

BUENAS MANERAS  
D'S

MANUEL OÍZ DE BONILLA

Esta obra es propiedad particular.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

8311A

LIBRO TERCERO,  
URBANIDAD ESPECIAL.

ARTÍCULO PRIMERO.

TERTULIAS.

CAPÍTULO I.

*Origen de las tertulias y sus especies.*

CUANDO pasado el siglo noveno, quedó casi disuelto todo vínculo gubernativo en Europa, cada hombre, según sus fuerzas, procuró robar ó destruir, fabricar fortalezas para defenderse, ó acopiar armas para asaltar. Entre los objetos robados colocábanse en primer lugar las mugeres sobresalientes por su belleza. Los *caballeros*, ó sea los *hombres de á caballo*, que eran mas estimados para la guerra que los infantes, impelidos de avidez y amor, de vanidad y gloria, tomaron á su cargo defender al bello seco, como veremos despues. De aquí resultó que se unieran en círculos amigables, ora en los castillos de los feudatarios, ó bien en las córtes de los príncipes, para hacer ostentacion de sus empresas, así como de su parte, las mugeres para honrar

004297

á sus defensores y envanecerse con ellos, y los poetas para cantar el valor de los unos y la belleza de las otras.

“Como las damas y princesas eran el objeto de la poesía, se las hicieron las soberanas en los juicios y *pro tribunali*. Tenian en sus cortes y cántillos, la *córtte de amor ó parlamento*, donde se trataban los problemas, las causas, los litigios amorosos y caballerescos; concurriendo allí caballeros y damas de todas partes, y sobre todo, poetas y cantores, como abogados y jurisperitos primarios de aquel foro. Y si los litigantes no quedaban contentos de la sentencia de los parlamentos, entonces venian los desafíos poéticos, con los cuales escribian los trovadores uno contra otro en defensa de su causa y de sus bellas, en que andaban siempre en giro los mensajes, las propuestas, las respuestas y lamentos, y nuevos desafíos de amor y de poesía (\*).”

Robustecidos los gobiernos en los siglos sucesivos y cesados los peligros de las bellas, ya no fué necesario para ser admitido en estas tertulias, haber roto muchas lanzas en honor de una princesa ó de una dama, sino que bastó la sangre purísima y celestial de progenitores nobles. Los poetas quedaron ó debieron quedar á poco escludidos de éstas concurrencias; porque si en el estado primitivo de las tertulias, mientras el poeta se manifestaba *rico*

(\*) Bettinelli.

de ideas, los caballeros ostentaban su *destreza* y las damas los *peligros*; en el siguiente estado, el poeta habria quedado como único objeto atendible por los concurrentes, y necesariamente la vanidad de éstos hubiera sufrido considerablemente.

Provistos de privilegios honoríficos que los separaban de las otras clases, los nobles, haciendo profesión de ignorancia, especialmente en Francia, escludieron á los poetas de las tertulias, y habrian creído degradarse admitiendo á su confianza á personas que no podrian recomendarse sino por los talentos ú otras habilidades personales.

Apenas despuntaron los primeros destellos de las ciencias, cuando los pocos espíritus gallardos que no estaban aprisionados en las sensaciones materiales del vulgo, experimentaron la necesidad de unirse para adquirir otros conocimientos y dar en cambio los suyos. Esta necesidad era tanto mas fuerte, cuanto que antes de la imprenta era altísimo el precio de los libros; así nacieron las conversaciones literarias ó academias, las cuales fueron protegidas por príncipes ilustres, pues que éstos no temen á las ciencias y saben que ellos son el mejor adorno y esplendor de los Estados.

Por idénticos motivos nacieron las conversaciones ó reuniones de pintores, músicos, y con mayor concurrencia; pues que la capacidad para apreciar las bellezas de estas sublimes artes, es menos rara que la que se requiere para gustar de las ciencias.

El espíritu mercantil despertado despues del siglo XI en Italia y acrecido progresivamente en los siguientes, fué una amplia fuente de riquezas. Entonces se vió que se podia ser ciego y considerado, sin ser noble y poseedor de tierras. El deseo de ostentar riquezas, junto á la necesidad de conocerse para aumentar las relaciones comerciales, formó las reuniones de mercaderes. La riqueza de éstos chocó con la de los propietarios, y en las ciudades libres obtuvo aquellos homenajes que en las demas partes estaban reservados á la nobleza.

Las clases directivas de los trabajos mecánicos se dividió en tantas masas cuantas eran sus especies. La analogía de los trabajos, el deseo de imponer la ley á los trabajadores, la necesidad de conocerse para repartir los tributos que los príncipes ecsigian de la industria, reunieron á los directores de las varias artes ó fabricantes, en otras tantas compañías, *confraternidades* ó *gremios*, que tuvieron sus reglamentos y sesiones en dias determinados.

Perdidas las riquezas de la nobleza por las causas que diremos, fueron recogidas por personas inteligentes y activas, que sin pertenecer á la clase de comerciantes ó fabricantes, supieron hacerlas valer. No contentas con las nuevas riquezas, aspiraron á la consideracion y llegaron á obtenerla con la *afluencia de los comensales*; así se formaron nuevos círculos compuestos de toda especie de personas. Allí se veía al arrendatario que venia á la ciudad para la

venta de los productos agrarios; al corredor que propone con prontitud negocios bastante lucrosos; al empleado inferior, cuyo celo es necesario al amo en sus relaciones con el gobierno; al noble descaecido que tiene siempre prontos los cuentos sucios, picares y chistosos; al militar, que mas que ningun otro, necesita de placeres rumorosos; al parásito

Que la nariz arruga

Al olor del asado,

y en cambio de éste vende las noticias de la ciudad á los comensales y alaba las simplezas estúpidas del amo.

La plebe que ejecuta los trabajos materiales, no se veía antiguamente sino en las plazas para divertirse en los espectáculos públicos, ó en las fondas y tabernas por necesidades momentáneas, ó en las iglesias para las prácticas religiosas. Ocupada mas en gozar que en discurrir, se hallaba ademas separada de las otras clases por la suciedad que la cubria.

Las causas por qué se abrieron comunicaciones entre las varias reuniones sociales y trasmigraron sus miembros de una á otra parte, son las siguientes: 1ª La pasion del juego fortísima en todos tiempos y lugares y mucho mas antiguamente, como se verá mas adelante, rompió la barrera que separaba á la nobleza del comercio: algunos nobles no creyeron envilecer sus armas acercándose á los comerciantes con el deseo, no muy noble, de obtener, ju-

gando, parte de su dinero. Muchas familias nobles arruinadas por las cartas ó los dados, conocieron por esperiencia que todos los diplomas gentilicios, no bastaban para comprar una vara de paño ó una libra de carne. La plebe que habia sido invitada por ellos, dejó de respetarlos luego que ya no los vió en carrozas, y se hizo un proverbio, que nobleza sin riqueza es humo sin asado.

El celibato á que antiguamente estaban condenados los nobles cadetes, mientras que las muchachas nobles se sentian llamadas para el claustro, los impelia, no pocas veces, en seguimiento de las bellezas plebeyas. Salidos del palacio paterno, no desdenaban entrar en el hogar del zapatero, del carpintero ó peluquero, y tal vez

En noche umbría

Seguir á la mozueta, que en ayunas

El pan sale á buscar de cada dia.

En esta caza, la nobleza contrajo un poco de fango, y, lo que es peor, se dejó arrebatarse muchas riquezas; lo que con doble razon hizo disminuir su crédito.

Los príncipes á quienes la nobleza potente habia impuesto en los siglos pasados, aprovecharon todas las ocasiones de hacer mermar sus privilegios, fuentes de copiosas riquezas y mayores vejaciones; por esto el coche que era tirado por ocho caballos, lo fué por cuatro, y luego por dos, y á veces quedó empolvado en la cochera; en consecuencia, se fué disipando la niebla que cubria los árboles genealó-

gicos y los hacia tan grandes á los ojos del vulgo.

La filosofia, cuyos delitos son medidos precisamente por las repentinas pérdidas del feudalismo y la supersticion, aplaudiendo los derechos del mérito personal, no quiso dar ningun valor á viejos pergaminos, y dijo que un cojo no dejaba de serlo por que su abuelo tuviese las piernas derechas, y que por tanto debia ser mas estimado un artista, que con honrosa industria acreditaba su peculio, que un noble que con sus vicios daba fin á su patrimonio.

La poesia, mas atrevida que la filosofia, osó suponer, riendo, que las matronas nobles no habian sido todas Lucrecias, y que quizás la muger hizo venir al mundo hijos menos nobles que el marido: en suma, la pureza de la sangre, quedó sujeta á muchas dudas, aun en la opinion del vulgo, el cual dá siempre la razon al que le hace reir.

El aumento de los teatros, disminuyó el concurso de las tertulias particulares; quedando así una misma la necesidad de conversar, fué preciso ser menos escrupuloso en la admision de nuevos miembros: antes la etiqueta escigia un diploma, después se contentó con un vestido de seda.

Las invenciones teóricas y prácticas pusieron en contacto á los doctos y á los artistas: cada una de estas clases sintió la necesidad de consultar á la otra; la primera para conocer los hechos, la segunda para saber su esplicacion: el docto aprendió á respetar al artista; éste reconoció que los consejos de aquel podian serle muy útiles.

Creciendo los puntos de comunicacion y los contactos sociales, crecieron las necesidades del lujo y se extendieron; por esto los trabajadores recibieron un salario menos escaso que antes; desapareció poco á poco, ó al menos en parte, la desnudez y suciedad de la plebe, y pudo conseguir un vestido, si bien inferior al del rico, pero que imitó su apariencia.

En tal estado de cosas, disipado el humo gentilicio, se vió cuáles eran *las personas que concurrían á la hacienda social y cuáles no*; cada uno obtuvo un valor de opinion correspondiente á la riqueza ó á la habilidad de que estaba provisto. Concedido así un grado de estimacion á la baja plebe, y deducido otro á la nobleza, el resto fué dividido en una proporción gradual. El desprecio se reservó para los que querian vivir á espensas de otro, *chasqueando ó pidiendo de favor*: la abominacion para los que hacían lo mismo, *robando*; y la beneficencia pública se interesó por los que eran impotentes para el trabajo, no por falta de voluntad sino de poder.

La idea de que todos los matriculados como poseedores de un capital real ó industrial concurrían á la hacienda social, y que cada uno tenia necesidad de los demas, hizo franquear las puertas de las tertulias con mútua ventaja de los concurrentes, segun se verá mas adelante.

Influencia de las tertulias sobre el carácter social.

Las tertulias, este medio de felicidad social, tan pronto, tan inocente, tan fácil á todos los hombres, tan conveniente á todas las condiciones y tan necesario á todas las edades, no pudo escaparse del venenoso diente de la censura; porque siendo *susceptibles de varios aspectos*, ofrecían campo á los poetas para formar sus caricaturas; siendo *fuentes de placer*, debían ser objeto de las declamaciones de moralistas pedantes. Unos y otros imitaron á las dos mugeres de la fábula, una de las cuales, siendo vieja, arranca los cabellos negros á su marido, y la otra, jóven, despoja al suyo de las canas, en términos de volverlo enteramente calvo. En efecto, como el que no ecsagera, causa solo una leve impresion, por tanto á los pequeños defectos de las tertulias, se añadieron otros fingidos, y se crearon, como de costumbre, espectros para espantar muchachos y las imaginaciones débiles: con esta lógica puede desacreditarse el sueño, porque tal vez los ensueños nos conturban.

*Influencia de las tertulias sobre la felicidad social.*

Los desdichados mortales para quienes muchas veces el tesoro del tiempo es motivo de fastidio, encuentran en las tertulias un medio de inocente y agradable entretenimiento. Cualquiera que en efecto sea el origen de la necesidad de sentir, ella existe. Ella es fuerte en todos los hombres despues del trabajo, el estudio y los negocios; mayor en los ricos, esentos de estas obligaciones; y fortísimo en las mugeres, así por su estrema sensibilidad, como por la monotonía de vida á que están condenadas.

Esta necesidad es alimentada por el instinto de la sociabilidad que induce á los hombres á reunirse para comunicarse recíprocamente sus esperanzas ó temores, sus penas ó sus placeres; por esto vemos formarse reuniones sociales, tanto entre las hordas salvages de los desiertos, como entre las personas urbanas de nuestras ciudades. Esta necesidad, á modo de una calamidad, hace ligar hasta personas mas indiferentes y hasta los cortesanos, cuyas simpatías pueden compararse á las del perro con el gato.

Las tertulias consideradas como medio de reanimar las fuerzas descaécidas ó de enjertar sensaciones estimulantes sobre el intervalo de las necesidades satisfechas y de las por satisfacer; hacen parte de los demas entretenimientos, y son tan inocentes en sí mismas, como un paseo por un ameno jardín.

Los placeres que gustamos en la soledad, escepto el caso de una especial afeccion, desmayan presto y pierden parte de sus atractivos. Al contrario, si los comunicamos á los demas, parece que se refuerzan y estienden; si los gustamos despues en su compañía, duran mas, nos son mas gratos, y se difunden por todo el ánimo.

En un círculo de personas que se estiman y se aman, crece el sentimiento de la fuerza que nos es necesaria en medio de las vicisitudes sociales. Conociendo cada uno las disposiciones comunes, aplica en su mente las fuerzas de otros á sus propias necesidades. La tertulia amigable lo asegura de que hallará apologistas en caso de calumnia; protectores en el de un revés; consejeros en el de inesperienza; en el de apuros, personas prontas á minorarlos participando de ellos. Esta persuasion habitual resurte contra los vagos temores que, ó nacen naturalmente de la imaginacion, ó son producidos de los impulsos de los enemigos. Probablemente este es el motivo por qué en los pueblos que dan mucho tiempo á la conversacion, no suele ser excesiva la inquietud sobre el porvenir: podrian encontrarse ejemplos de ello en Paris.

*Influencia de las tertulias sobre la instruccion.*

Algunos leen por vaciar sus ideas en las tertulias; otros por no mostrarse en ayunas de las noticias mas triviales. La lectura comenzada por vanidad,

continuada por habitud, se cambia tal vez en passion, y se enseñorea de los gustos frívolos, ó los desecha.

*Quien lee, ó por instruirse ó entretenerse inocentemente, rebaja algunos instantes á la corrupcion y tal vez lo hace de los capitales por la compra de los libros que ha menester.* Los gabinetes de lectura son una consecuencia del espíritu sociable del siglo pasado: á poca costa se procura á todos un medio de instruccion.

No todos pueden leer todos los libros; cada cual está restringido á su esfera; pero en la conversacion los libros leídos por uno, se hacen medios de instruccion para los demas; en caso necesario, se dá en un cuarto de hora el fruto de diez de estudio.

Si en las disputas que suelen nacer en las tertulias, los dos contrincantes quedan regularmente con su propio parecer, la influencia de las disputas sobre las opiniones, no deja de ser efectiva; puesto que: 1º los espectadores desinteresados forman su juicio por las razones alegadas en pro y en contra. La voz, el gesto, el tono, causan impresiones mas profundas de su talento y se graban mas hondamente en la memoria. 2º Entre los contendientes, el que no lleva la razon y cierra en la disputa los ojos á la verdad, no conserva esta obstinacion, cuando reflexiona luego á sangre fria, y se arrima muchas veces al sentimiento que habia combatido. Entiéndese esto de personas de talento y buena fé, porque

los espíritus falsos y vanos, ó los que están obcecados por la opinion de partido, no logran con las disputas sino espesar el velo que cubre su entendimiento y estraviarse mas en sus ideas.

En una conversacion general, el que habla, se ve ceñido de una especie de auditorio que lo anima y lo sostiene: esta circunstancia dá al espíritu mayor actividad, á la memoria mayor firmeza, al juicio mayor penetracion, y á la fantasia, límites que no le permiten divagarse. La necesidad de hablar con claridad, lo esfuerza á poner alguna atencion en el estilo y á esponer sus ideas con algun orden; el deseo de ser escuchado favorablemente, le sugiere todos los medios de elocuencia de que es capaz la conversacion familiar. Ésta por lo mismo es la mejor escuela para los hombres que se disponen á hablar en público.

Al contrario, un hombre que vive solitario en su gabinete, sin estímulos para transmitir á otros sus ideas, sin ver adversarios de frente, ni tener objeciones que combatir, jamás aprenderá quizás ese arte delicado, que sabe convencer los espíritus sin ofender el amor propio, y que fuerza con garbo la inercia de otro al ecsámen de una preocupacion, punzándola con algun rasgo picante. Por otro lado, siempre solo consigo mismo y *sin objetos de comparacion*; dispuesto á contemplar cada idea que se le presenta, como un descubrimiento; no espuesto nunca á estas pequeñas luchas de sociedad, que

tan prontamente dan á cada uno las medidas de sus fuerzas, él se inclinará á formarse una opinion ec-ságerada de sus talentos, y á esponer sus ideas con aire imperioso y ofensivo. Puede decirse de las conversaciones, lo que Alfieri de los viages, *que enseñan mas que los libros, no á estimarse y despre- ciar á otros, sino á conocerse á sí mismo y en parte á los demás.* En efecto, el estudio de los libros comunica un movimiento lánguido y débil, que no ejercita, que no agita y no inflama la mente como la conversacion. "Si yo discuro, dice Montaigne, con un razonador robusto, él me ciñe y me impele por todos lados; sus ideas despiertan las mias; el celo, la gloria, la contienda me realzan sobre mí mismo, y me presentan no pocas veces nuevas combinaciones sóciales."

*Influencia de las conversaciones sobre las maneras.*

El deseo de agradar á otros, suaviza la aspereza natural del hombre; este deseo se desenvuelve y anima en las conversaciones, y el hábito de espli- carlo forma el de sentirlo.

Desde que las tertulias fueron comunes, nació y floreció "aquella elegancia de trato, aquella cierta "gracia de urbanidad, aquel presentarse mas des- "envuelto, aquel airoso espresarse y aquellas ma- "neras varias y pulidas que no se resienten de ineptitud ó embarazo; de aquí aquel comun sentir mas

"delicado, y aquellos miramientos mútuos y aque- "llas multiplicadas atenciones de civilidad que la "vanidad y el amor propio dan y reciben á cada "instante. Las mismas pasiones, que antes eran "intratables, corrigiendo en parte su nativo aspec- "to, aun ellas, por decirlo así, se han civilizado. La "orgullosa soberbia se ha enmascarado bajo el des- "pojo de una fingida modestia; la misma envidia "sabe pronunciar alabanzas, y el puntilloso y fér- "vido resentimiento, que á casi cada palabra des- "pedia fuego por los ojos y llevaba la mano á la "empuñadura de la espada, ha templado esa su ín- "dole feroz; se ha aprendido á disimular una ofen- "sa, á esconder una antipatía, á responder sosega- "damente; y aunque esta apariencia sea á veces fin- "gida, no deja de ser lisonjera, agradable y *fecun- "da en muy positivas ventajas, y obstáculo por lo "menos á males gravísimos.*"

Finalmente, suelen no pocos juzgar del mérito de una persona por su manera de conversar, no cui- dando de pesar sus buenas ó malas cualidades, si- no formando juicio por las ideas que ella presenta en los círculos sociales; fué por esto forzoso entrar en las sociedades, una vez que los hábitos de bien hablar no pueden adquirirse en un retirado gabi- nete.

*Influencia de las tertulias sobre la moral.*

Quando se unen los hombres en un círculo ami- gable, nace entre ellos una opinion, que condena los



actos nocivos á todos y á cada uno; cada cual encubre entonces los sentimientos criminosos, que tal vez anida en su ánimo. Y como hasta el que carece de virtud, quiere mostrar sus apariencias, por ello si alguno de los reunidos dá olor de vicios, la vanidad de los otros se une inmediatamente para arrojarlo de su seno, á fin de que no corra la voz de que lo toleran ó lo aprueban.

Así cuanto mas crece el deseo de participar de los placeres de las tertulias, tanto mas aumentan los motivos para separarse de los vicios que ellas condenan.

Desacreditando los vicios de otro, se lisonjea cada uno de dar pruebas de una virtud contraria; por esto en las conversaciones se indica por cada cual la conducta reprehensible de los estraños ó los ausentes; ríe de las humillaciones á que se somete un adulator; habla con horror de alguna traicion, desenvuelve las circunstancias agravantes de un delito, &c. De las tertulias sale el clamor que fija las miradas del público sobre el magistrado corrompido, sobre el juez venal, el administrador infiel; y es preciso confesar que no pudiendo hacerse á los hombres de otro modo de como son, este es un freno poderoso que los reprime.

Cuando la conducta de una persona principal es bien conocida, cada uno de los concurrentes comunica á los demas sus miras; se pesan los hechos y las conjeturas; se comparan las realidades y las apa-

riencias; se recuerdan las noticias anteriores y concomitantes; y finalmente, se llega á desenmascarar la impostura. La opinion pública va á tomar de las conversaciones los documentos que justifican sus decretos de honor ó de infamia.

Las tertulias son como los centinelas nocturnos, que á cada hora se dan el grito de alerta, para reprimir en los perturbadores públicos el deseo de hacer mal. Tales reuniones procuran la ocasion favorable de prontas y benéficas suscripciones en auxilio de los pobres. El interés que la señora de casa debe despertar en el ánimo de sus amigos, en obsequio de una familia ó de una clase desdichada; el deseo comun de dar pruebas de generosidad; el ejemplo de otros que obliga hasta á los mas renuentes; todo concurre á hacer efectivo un proyecto generoso, que sin las tertulias quedaria disipado ó se lograría muy tarde; así es que con una pequeña incomodidad de los concurrentes, se recoge en muchos círculos una suma considerable y suficiente para la necesidad.

#### *Influencia de las tertulias sobre las artes.*

Las tertulias acercando diariamente á los hombres, y cada uno de ellos deseando aparecer rico y elegante, crecen los compradores de las mercancías que adornan las personas y las casas; así se estienen las artes llamadas de lujo. El pueblo francés tan dado á la conversacion, se ha hecho el dominador de la moda.

Antiguamente eran escasísimas las tertulias y muchísimos los ébrios; el capital que ahora se gasta en vestidos, se consumía antes en la crápula. Los que reprochan á la filosofía haber extendido el espíritu de sociabilidad, están precisados á decir que un ébrio es preferible á un elegante. Para desgracia de la humanidad, hay países en que algunos de esos melindrosos censores están á la cabeza de los estados, y con las mejores intenciones los arruinan. Pio IV, declamando contra el uso de los coches, indujo á los cardenales á montar en mulas; éstas se multiplicaron en razon de los capitales que ya no se emplearon en aquellos, esto es, *las mulas ocuparon el lugar de los artistas*. ¿No es muy hermosa y sensata esta trasformacion? Podia ir mas adelante el beatísimo padre, y, segun las máximas de algunos moralistas, pudo haber inducido á privarse del sombrero, de los zapatos y de otros vestidos; y de esta suerte, despues de haber hecho desaparecer á los artistas, si acaso éstos lo hubieran consentido sin causar ningun temor, las cosechas se habrian vendido á los pájaros.

Volvamos al hecho: á causa de las tertulias se han cambiado las habitudes económicas y la elegancia ha reemplazado á la embriaguez. Aquella cantidad de licores, que se consumía anteriormente por uno solo, con detrimento de la salud y la razon, se distribuye ahora inocentemente entre diez, es decir, entre los artistas que fabrican cosas cómodas y

elegantes. Consiguientemente las artes y la moral han ganado con el aumento de las tertulias.

El lector que esté bastante persuadido de las ventajas que aquí se atribuyen á las tertulias, y en general al espíritu de sociabilidad, que suspenda su juicio hasta que lea el artículo segundo, en que se examinarán los usos y costumbres de los pueblos bárbaros y semi-bárbaros, en los que casi no habia huella de sociabilidad.